

LA POESIA DE JUAN ARCIA

Entre un selecto grupo de poetas cuya producción literaria aparece en los primeros años del presente siglo, y algunos de los cuales se han formado al calor de la prestigiosa revista "El Cojo Ilustrado", se destaca con caracteres inconfundibles Juan E. Arcia. (1).

Empieza su nombre a aparecer en dicha revista en 1897. De ahí en adelante su figura de poeta y de hablista exquisito irá haciéndose tan prestigiosa, que vendrá en 1918 a ser el candidato elegido por la Academia Venezolana de la Lengua para ocupar la vacancia de su Secretaría perpetua que dejara al morir el eximio escritor Don Julio Calcaño.

Sobre el poeta Arcia se ha escrito o incompletamente, o con datos poco precisos acerca de su producción poética. (2).

Su primer libro de versos aparece en 1901 y lleva por título "Vestigios". Su contenido original es relativamente escaso: catorce composiciones en general breves, de variado tema lírico. El resto del libro son traducciones principalmente del inglés, de composiciones cortas de los poetas Longfe-

llow y Shelley, y al fin el extenso poemita de Bayron "Parisina". Los dos primeros poemas, con sus características tan antagónicas, Shelley extraordinariamente sugestivo y personal, y Longfellow narrador suave y tranquilo; pero ambos románticos y cultivadores de una forma acabada, pudieron dejar un fondo de benéfica influencia equilibrado en la inspiración de Arcia.

Precisamente en esos sus primeros versos de "Vestigios", puede observarse el doble aspecto descriptivo y subjetivo. La amargura y desencanto de espíritus rebeldes y amargados como Byron y Shelley, intenta asomarse en pinceladas de sinceridad juvenil, —sin duda—, pero seguramente de menos frescor espontáneo. Antes de los treinta años de edad Arcia escribe su soneto "Post...", en el que expresa una densa desolación ante la vida, anhelo por la calma del sepulcro, y concluye con un terceto desgarrado que hoy nos suena a tropo "cursi":

"De pie sobre mi tumba alzaré un canto,
Canto de execración a los mortales
Que vieron con placer brotar mi llanto"

(p. 15).

(1) Juan E. Arcia nació en 1872 y murió en Caracas en 1927. Su nombre de escritor correcto y de hablista atildado se vió honrado con la elección para académico numerario de la Academia Venezolana de la Lengua el año 1906, cuando el poeta contaba 34 años de edad. En 1918, al morir el que fuera Secretario Perpetuo de dicha institución, Arcia fué elegido para sucederle con igual prerogativa y perpetuidad, y así se cumplió.

Su producción literaria no fué muy extensa, pero sí selecta. *Vestigios* (poesías), Tip. Herrera Irigoyen y Ca., Caracas, 1901, 80 pp.; *Sangre del Trópico* (poema en diez estancias), Lit. y tip. del Comercio, Caracas, 1904, 28 pp.; *Almas en ruina* (poema en doce estancias), Lit. y Tip. del Comercio, Caracas, 1907, 70 pp.; *Versículos Profanos* (prosa), Litografía del Comercio, Caracas, 1921, 70 pp.; Discurso leído en su recepción en la Academia Venezolana, Caracas, 1906, 23 pp.; Discurso en el Centenario de Fermín Toro, Imprenta Nacional, Caracas, 1907, 24 pp. No tenemos noticia de otros impresos; pero en cambio Arcia dejó publicadas no pocas composiciones sueltas en periódicos y revistas, especialmente conocemos las de "El Cojo Ilustrado" y las de "Cultura Venezolana".

(2) Entre las obras que más recientemente se ocupan de escritores venezolanos, hemos anotado varias inexactitudes en lo referente a Arcia. La tan frecuentemente equivocada ANTOLOGIA DE LA MODERNA POESIA VENEZOLANA, seleccionada y compilada por Otto D'Sola y editada por el Ministerio de Educación Nacional, tiene estas inexactitudes: que Arcia fué miembro *correspondiente* de la Academia. Pero fué numerario, y por eso lo eligieron su Secretario; hecho este último que no menciona dicha Antología. Dice además que la poesía de Arcia "se caracteriza por cierto acento religioso, de inspiración bíblica" (?). No sabemos en qué se basará tal afirmación; pues de toda la obra poética de Arcia apenas podrá señalarse alguna que otra composición de acento religioso; y lo de "inspiración bíblica" ¿se referirá a un soneto titulado Genezareth? Creemos que el compilador escribió un poco de memoria, o guiándose por títulos que engañan. Por eso también en la *Bibliografía* que inserta al final del tomo II de dicha ANTOLOGIA, pone sin conocerla, como obra en verso "*Versículos profanos*", que están en prosa y sí son de pura inspiración bíblica; así mismo la *biografía* cita la obra "*Almas en ruina*" in-

Por igual manera tema tan sugeridor como "Año Nuevo", con sus impresiones y alegrías, sólo sirve al poeta romántico que hay en Arcia para expresar anhelos de algo realizable, ya que no siente "ese instante de entusiasmo y de dicha":

"Sino el beso glacial de la tristeza
Y el abrazo de cruentos desengaños!"
(p. 17).

Hay alguna composición, como "El Dolor", expresamente dedicada a la extraña dulzura que da la tristeza, según el mismo poeta lo dice. Considera bello el instante en que brota un gemido del corazón, y que quien no ha aspirado el lánguido perfume de las flores besadas por la muerte, ha vivido una vida efímera y estéril.

La inconfundible actitud del romántico ante la caducidad de los bienes, y por contraste con éstos el ansia de lo infinito extraterreno allá en el cielo, se encuentra expresado en varias composiciones, como en la Elegía: "Todo tiende a su fin", o en el correctísimo soneto "Noche", que con ser una pintura de objetivo sobriedad artística, se termina con una interpretación subjetiva muy del gusto romántico, en la que con un símil el poeta desahoga su estado psicológico momentáneo:

"Y sólo rasgan la tiniebla oscura
Luciérnagos que cruzan como almas
Que no pudieron alcanzar el cielo".
(p. 20).

correctamente al decir en plural "en ruinas". En la obra LECTURAS VENEZOLANAS del académico Mario Briceño Iragorry, también se da errada la fecha de la muerte de Arcia, 1931 en vez de 1927; al citarse su producción poética no se nombra el poema "Almas en ruina", y al hablarse de "Sangre del Trópico" la expresión un poco ambigua parece dar a entender que se trata de otro libro de versos como "Vestigios", y no más bien, como es, un solo poema que abarca todo el librito. Mariano Picón Salas en LITERATURA VENEZOLANA (2ª edición), califica a Arcia de poeta *parnasiano* que terminará como poeta *académico* (?) Arcia fué poeta y fué académico, pero separadamente, no en la fusión defectuosa que Picón Salas señala. Este escritor parece no tener a mano manifestación poética más representativa de Arcia sino dos sonetos, cuyos títulos cita. Nada se dice de sus tres libros publicados; aunque cierto uno de los sonetos citados es de lo mejor que el poeta nos legó. R. Blanco Fombona, en "Letras y Letrados de Hispano-América", habla brevemente de Arcia en las pp. 249—250, y se fija sobre todo en su traducción del poema de Byron "Parisina".

Ni falta tampoco el indispensable tópico de la duda, surgido en momentos emocionales y que convidan a la oración y recogimiento, como un "Crepúsculo", composición que en apacible descripción poética va a concluir con un toque religioso evocador y una reflexión angustiosa:

"Se oye la voz del Angelus, doliente;
Y batalla en mi alma entristecida.
La clara fe de niño
Con la tétrica duda del presente".
(p. 27).

Y en ese lucha interno, parece ciertamente triunfar más de una vez la consoladora enseñanza de la fe, pues en "Enigma", —composición que en buenos tercetos filosóficos nos muestra a la Religión y el Ateísmo esgrimiendo sus argumentos,— el poeta no puede menos de preguntarse al fin después de todo:

"¿Por qué dentro de mi constantemente
Me repite una voz: todo no es ceno!"
(p. 11).

Aun las figuras que van matizando versos y estrofas van concebidas en inconfundible manera romántica, sin la imitación servil de los versificadores ramplones, pero con todo el dejó de ensoñación y sentimentalismo de los buenos maestros de la escuela romántica. En sus sombras la noche "de cuervo colosal finge el plumaje"; el gemido brota del corazón "como brota del viejo camarero — crepuscular sonido"; y la barquilla de un pescador en el horizonte es "como un ala de cisne en lontananza".

Los primeros pasos de Arcia en el campo de la poesía son decididamente románticos; pero entendiéndose tal calificativo no en la manera despectiva o depreciada como el vulgo ignaro o pervertido por falsas apreciaciones ha solido considerar en años recientes a aquella gloriosa escuela literaria. Arcia aparece un espíritu selecto, nacido para la poesía, provisto de un conocimiento amplio y de un dominio consciente del lenguaje, y con personalidad propia capaz de crear una obra poética delicada y original, dentro del movimiento romántico que aún persistía en Venezuela en los comienzos del actual siglo.

Tras de las poesías breves de aquel primer volumen, presentóse el poeta tres años más tarde con el poema "Sangre del Trópico" que tal vez podríamos calificar de poe-

ma criollo-heróico, pues que encuadra un episodio particular de uno de tantos auténticos hijos generosos de la Patria, anónimos y extraídos de los más criollo que ella nos ofrece, que son los honrados trabajadores de los campos; los mismos que han constituido el grueso del ejército de nuestras montañas en tantas guerras civiles y esterilizadoras.

El libro se publica en elegante y cuidada edición que invita a la lectura. Pero además, ya a los primeros versos puede observarse que Arcia ha entrado en madurez literaria. La versificación es amplia y decidida; ya no se encuentra aquella justificada timidez que en "Vestigios" denunciaba al poeta que está rompiendo el cascarón. Y la cualidad distintiva de Arcia desde sus primeros esfuerzos poéticos que es la corrección y tino en la redacción, —sin que por ello pierda su poesía sinceridad y emoción—, aparece con relieves perdurables en "Sangre del Trópico".

El joven campesino Martín ha ido a formar filas en un batallón de uno de tantos jefes locales de revolución. Tiene que abandonar a su joven esposa Rosa. Aquellas tropas vencen, pero Martín perece en la lucha, y Rosa queda sumida en profundo dolor.

El argumento de este poemita es simplísimo y nada original. Y sin embargo la obra poética resulta interesante y agradable. El autor ha sabido colorear con tales toques de gracia las diez estancias del poema, y la versificación es tan perfecta y tan sóbria que todo el poema gusta y nada se halla sobrancero.

Merecen citarse algunas de las sabrosísimas pinceladas nativistas que recuerdan, —sin imitarlo—, el estilo descriptivo de Andrés Bello. Habla el poeta de la vega que Martín cultiva y dice:

"La providente lluvia
Y las agudas garras del arado
Brindar hicieron a la madre tierra
Del esbelto maíz la espiga rubia,
Dulce promesa de los granos de oro,
La pompa de los frescos platanales
Que en umbrosa techumbre se dilata
Y de la yuca el indico tesoro
Guardado oculto en la raíz de plata".

(p. 10).

Pocos ejemplos más acertadamente clásicos que estos bellos versos podremos encontrar en nuestra moderna poesía descriptiva. Haciendo honor a ese envidiable gusto bucó-

lico, recordamos que el mismo Arcia publicó en "El Cojo" una breve composición, en **liras**, titulada Oda I, en la que asimismo luce su inspiración clásica.

Con un innegable don para captar en breves líneas un paisaje, Arcia nos describe una típica plaza de pueblo venezolano en estos versos:

... la triste plazoleta,
Donde los árboles de anémico follaje
Viven entre desmayos.
Heridos por la luz abrasadora
de un sol que vierte calcinantes rayos".

(p. 14).

En cambio, la frondosidad de nuestras palmeras la llama "Esbelta arcada de la fronda umbría".

El poema no ofrece, es cierto, vivacidad de acción, ni desarrollo de pasiones que culminan en tragedia aterradora, a pesar de que el fin es trágico. Se ve que Arcia no era poeta para lo trágico. Se entusiasmaba por momentos, su narración cobra movimiento, pero no pasa más allá. En cambio sabe conservar rasgos de fina observación, como al describir la partida de los soldados que dejaron sumidos en llanto a sus esposas, dice con acento clásico que los pañuelos que en la despedida agitaban convulsas aquellas pobres mujeres,

"... no ondeaban en alados giros;
Húmedos por el llanto de sus ojos".

(p. 17).

De igual manera la formación clásica de Arcia no puede menos de asomarse en **RAS- SIC — MEDIDA 14 (G)**. Isadoscos como aquel en que nos muestra a Rosa que corre desalada en busca de Martín al cesar la lucha en el campo de guerra,

"Y con su roja túnica flotante
Es una diosa de luciente cauda".

(p. 26).

versos que son una reminiscencia inconfundible de la bella expresión de Virgilio...

"Vera incessu patuit dea".

Picón Febres hizo de "Sangre del Trópico" una precisa apreciación crítica al decir que era deficiente de vigor en los pasajes en que la impetuosidad dramática se imponía, y que en el término del poema sobre todo "faltan vehemencia y patética

energía en la expresión" en un poema de valor "positivamente artístico". (3).

Tres años después de esa obra publica Arcia, también en bonita y sobria edición, otro poemita en doce estancias titulado "**Almas en ruina**". Describe en él la triste condición a que queda reducida, tras de caminar por senderos de engañoso vicio, una pobre joven que criada en mal entendida reclusión escapó un día de su casa alucinada por las promesas de un vil explotador. Es posible que así como en "**Sangre del Trópico**" pudo el poeta tener "una intención generosa, patriótica y civilizadora, que va derecho contra el espíritu de sangre, de desorden y de exterminio de nuestras guerras intestinas", según apunta Picón Febres; también en "**Almas en ruina**" no sería equivocado pensar en la intención social y en la advertencia preventiva que movieron la pluma del autor, aunque sin llegar a ser ese el móvil principal de su inspiración.

Al igual que en otras composiciones ya analizadas, nos hallamos aquí con un estilo elegante, una versificación fácil, correcta y atildada, y una manera poética de saber decir las cosas con originalidad y sin recaros verbosos. Hay figuras nuevas, y valientes toques descriptivos.

"Por el viejo balcón, entre las grietas
Rompe la enredadera el áureo broche;
Un haz de sierpes que al bochorno quietas,
Ensanchan sus pupilas en la noche".

(p. 7).

Angela, la inocente e incauta joven, que espera la cita del pérfido galán, "como una espiga rubia se estremece". Y ya consumada la perdición, cuando se ha agotado el caliz de la pasión y se aproximan los horas del desencanto sin fin y del dolor, el poeta abre un paréntesis para hacernos contemplar el paisaje por un momento siquiera:

"El Avila es el torso de una esfinge,
La neblina se esparce como un velo,

(3) Cfr. Picón Febres, Gonzalo, *La Literatura Venezolana en el siglo diez y nueve*, Caracas, Empresa el Cojo, 1906, pg. 300. Esta obra, como se ve, se publicó antes que el último poema de Arcia "**Almas en ruina**".

Y el globo errante de la luna finge
Nenúfar de oro en el azul del cielo".

(p. 23).

Hay en todo el poema escenas de rudo realismo, y alusiones fuertes y crudas; pero en ningún caso llega el poeta ni a la detención voluptuosa, ni al entretenimiento contemporizador. Las últimas dos estancias nos hacen ver a Angela consumida y hecha un hárapo humano. El vicio la ha estrangulado en sus infectos tentáculos. La lección queda latente, y el poeta se detiene sin necesidad de insistir más.

Arcia tiene además unas cuantas poesías sueltas, que bastarían por sí solas para justificar su nombre de poeta. Los tres sonetos: "Noches", "Genezareth" y "Amanecer", —y en especial éste último—, han logrado frecuentes reimpresiones. "Amanecer" es un bello paisaje, de intenso colorido tropical venezolano; es un pomo de de esencias bien seleccionadas. Los otros dos sonetos, dentro de su perfección y sobriedad de estilo, son de inconfundible corte romántico.

"La canción de la bruma" es una bellísima composición lírico-descriptiva, en la que la bruma habla en primera persona, y con lenguaje afiligranado nos cuenta quién, es, por dónde anda y cómo vive.

"Soy la novia del mar, soy la indecisa,
Misteriosa beldad de tardo vuelo;

.....

Soy la reina del aire: mi palacio
Es la bóveda azul; tranquilo vaga
Mi trono sideral en el espacio;

.....

Esta composición llevó el nombre de Arcia por muchas naciones de América y aún de Europa y logró el honor de ser traducida a varias lenguas en vida misma del poeta.

Otros autores de la misma época de Arcia escribirían más páginas, o tratarían de ser más originales, o se harían aplaudir más. Pero a la luz tranquila del estudio su obra se impone reclamando en nuestras letras un puesto semejante al que con tanta justicia se asigna a poetas tan originos e imperecederos como Gabriel Muñoz y Andrés Mata.